



HAL
open science

España y América Latina ante la Gran Guerra: el frente de los neutrales

David Marcilhacy

► **To cite this version:**

David Marcilhacy. España y América Latina ante la Gran Guerra: el frente de los neutrales. América Latina y la Primera Guerra Mundial. Una historia conectada, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (CEMCA); Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine (IHEAL), Centre de Recherche et de Documentation des Amériques (CREDA), p. 47-69, 2018, 978-2-11-152137-7. hal-03831150

HAL Id: hal-03831150

<https://hal.science/hal-03831150v1>

Submitted on 23 Nov 2022

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

España y América Latina ante la Gran Guerra: el frente de los neutrales

David Marcilhacy

La guerra de 1914 pertenece al linaje de los grandes acontecimientos humanos, como el Renacimiento, la Reforma, el descubrimiento de América, la Revolución francesa, que hicieron que Europa atravesase el vértice de su mayor angustia, y determinaron que las ideas que la víspera estaban de moda, fuesen, al día siguiente, fundamentalmente sustituidas.¹

Para el escritor español Edmundo González Blanco como para muchos de los coetáneos que la vivieron, la Gran Guerra representó un momento fundador, un jalón que marcaría la historia humana y abriría una “era novísima” de la que emergería una nueva conciencia colectiva, incluso en aquellas naciones que permanecieron neutrales.

Hasta fechas recientes, las historias globales de la Primera Guerra Mundial tendieron a desatender el papel de los países neutrales en el conflicto, y más particularmente de las naciones hispanohablantes de Europa y América, consideradas como periféricas. Sin embargo ni España ni América Latina quedaron al margen de aquella conflagración. Aunque no hubo participación directa en el conflicto (salvo en el caso del Brasil), éste, por su carácter de guerra total, no dejó de impactar profundamente en aquellos países, cuyas sociedades y diplomacias ya estaban insertas en un contexto globalizado. Por su violencia, sus consecuencias inmediatas y su significación profunda, la guerra catalizó las interrogaciones de aquellos países sobre sus orígenes y destino, e introdujo nuevas dinámicas en las relaciones internacionales.

¹ Edmundo González Blanco, *Iberismo y germanismo. España ante el conflicto europeo*, Valencia, Editorial Cervantes, Buenos Aires, Editorial Tor, 1917, p. 2.

¿Cuáles fueron las actitudes de aquellas sociedades ante la Gran Guerra y qué beneficios pretendieron sacar sus gobiernos al decantarse por la neutralidad? Para ellos, la guerra fue un juego en el que debían considerarse múltiples parámetros: además de defender sus intereses materiales, importaba legitimarse ante algunas opiniones internas divididas y ganar espacio diplomático para preparar los nuevos equilibrios mundiales que surgirían de la posguerra. Al abordar las repercusiones que tuvo aquel magno conflicto en el mundo hispanohablante, nos preguntaremos qué lectura conviene aplicarle a ese frente hispánico de los neutrales que en su día pareció diseñarse. Interrogándonos sobre el alcance de las iniciativas de cooperación y los discursos de solidaridad panhispánica que con ocasión de la guerra fortalecieron aquel eje España-América Latina, veremos en qué medida la Gran Guerra contribuyó notablemente a reconfigurar la relación que mantenía España con sus ex colonias de América, favoreciendo la emergencia de una conciencia común, en términos culturales así como diplomáticos.

El mundo hispánico ante el estallido de la guerra: una neutralidad condicionada

En vísperas de la Gran Guerra la diplomacia española mantenía una posición más bien defensiva, queriendo ante todo preservar sus intereses en Marruecos y en la zona del Estrecho de Gibraltar. La pérdida de su imperio de ultramar entre 1810-1825, rematada por el desastre colonial de 1898, la había relegado a aparecer como una potencia de segundo orden, una situación agudizada por la inestabilidad interior combinada con una situación de déficit crónico. Una señal de esta marginación es que Madrid no entrara formalmente en el juego de alianzas en el que estaba dividida la Europa del cambio de siglo, aunque su posición geográfica y los intereses que mantenía en el Mediterráneo occidental la situaban en la órbita de la Entente franco-británica (Jover Zamora, 1999; Niño, 2000; Cava, 2009).²

A nivel de política exterior, la relación con la América hispanohablante quedaba dominada por la pérdida de peso internacional heredada del proceso descolonizador del siglo xix. Sin embargo, el iv Centenario del Descubrimiento (1892) había impulsado un paulatino proceso de acercamiento. La Guerra del 98 y la derrota fulminante de España ante la marina norteamericana contribuyeron a esa inflexión, al despertar un

2 "Declaración y Convenio hispano-franceses relativos a Marruecos" (3/10/1904), insertos en el Acuerdo franco-británico de la *Entente Cordiale*, de abril de 1904.

impulso de simpatía hacia España. Finalmente, una nueva etapa de este movimiento de aproximación se produjo con los primeros centenarios de las independencias en 1910: la invitación de portentosas delegaciones oficiales de la ex metrópoli –la Infanta Isabel de Borbón al centenario de la independencia de Argentina y el Marqués de Polavieja al de México– sirvió para escenificar la reconciliación de pueblos ya dispuestos a confraternizar, según el tenor de los discursos oficiales (Moreno Luzón, 2010; Marcilhacy, 2014).

La guerra estalló en ese contexto de intensificación de las relaciones hispanoamericanas, no exento de resistencias por parte de algunos intelectuales, como el cubano Fernando Ortiz.³ Al declararse las hostilidades, todos los gobiernos latinoamericanos, como el de España, coincidieron en proclamarse neutrales. Los países hispánicos no se encontraban en condiciones para participar directamente en un conflicto que todavía se circunscribía a Europa, en el que no tenían intereses vitales y ante el cual sus opiniones públicas estaban divididas. Tal era el caso de España, cuya diplomacia era estorbada por el aislamiento internacional y diversas debilidades internas: considerada como pequeña potencia, lastrada por el atraso económico y un ejército hipertrofiado y anacrónico, España no tenía otra opción (Romero Salvadó, 2002). El país no podía asumir los costes políticos, económicos y sociales de una entrada en guerra. Su política de neutralidad vino condicionada por la conciencia de su marginación. Como comentaría ese año el líder de los catalanistas, Francesc Cambó: “Ésta es la realidad, la triste y vergonzosa realidad [...]. Hemos de ser neutrales en la guerra porque no podemos ser otra cosa”⁴.

La declaración oficial de neutralidad por el gobierno de Eduardo Dato⁵ contrastó con una forma de “beligerancia social”, en la medida en que la opinión pública española se dividió según sus alineaciones ideológicas entre aliadófilos y germanófilos (Díaz-Pla-ja, 1973; Espadas Burgos, 2000; Juliá, 2013; Moreno Luzón, 2014; Rinke, 2017).⁶ Este proceso de movilización social, que tuvo su mayor derrotero en las columnas de prensa, afectó sobre todo a los sectores sociales instruidos y militantes. Ocurrió algo similar en las repúblicas latinoamericanas, donde la guerra dio lugar a debates y polémicas que son un indicio de que no puede concebirse a estos países al margen del conflicto europeo. El consenso neutralista mantenido a nivel oficial escondía profundas fracturas sociales. La movilización de las opiniones se debía primero a las consecuencias inmedia-

3 Fernando Ortiz, *La reconquista de América. Reflexiones sobre el panhispanismo*, Paris, Librería Paul Ollendorff, 1911.

4 Francesc Cambó, “Espanya davant la Guerra Europea. Causes de la guerra. La neutralitat d’Espanya”, *La Veu de Catalunya*, Barcelona, 20/08/1914.

5 *Gaceta de Madrid*, 30/07/1914, p. 238, y 07/08/1914, p. 306.

6 Álvaro Alcalá Galiano, *España ante el conflicto europeo, 1914-1915*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1916, p. 17-66; Rafael Altamira, *La guerra actual y la opinión española*, Barcelona, Araluce, 1915, p. 39-59.

tas de la guerra en las economías de los países no beligerantes: choque financiero, desplome de las importaciones, rápida inflación y crisis de escasez, etcétera, factores que en suma traducían la vulnerabilidad de esos países debido a su dependencia económica y comercial con las potencias beligerantes.

La guerra europea como catástrofe: el estupor de los iberoamericanos ante el “suicidio de Europa”

El rápido contagio del conflicto y la violencia de los combates con su carga de horrores también produjeron estupor y perplejidad en las opiniones. La violencia de masas inaugurada por esa guerra industrial fue percibida como una auténtica tragedia, una visión de infierno que reavivaba el espectro del apocalipsis, como afirmaba una revista católica de la época:

Nos encontramos hoy en uno de los momentos más solemnes de la Historia. Aquellas visiones terroríficas del año 1000, que tanto preocuparon a los vivientes de entonces, se reproducen ahora en nuestra fantasía con las tintas del más negro pesimismo, sacudiendo el organismo neurótico de nuestras sociedades con lúgubres cuadros disolventes, parecidos o iguales a los que describe San Juan en el Apocalipsis. [Esta] guerra [...] no es un simple episodio bélico, [...] es sencillamente una lucha titánica de razas.⁷

Aunque abundaron las metáforas para describir el conflicto –desastre, tempestad, fuego arrasador, infierno, hecatombe, etcétera–, en los países al margen de la contienda se impuso la imagen de un cataclismo de dimensiones inauditas. La lectura del conflicto en clave de *catástrofe*, hecha por los propios coetáneos, le da su verdadera dimensión: de origen griego,⁸ el término designa un trastorno absoluto, una convulsión profunda y, aplicado a la tragedia clásica, un desenlace funesto (Balibar et al., 2012). En la dramaturgia americana, la Gran Guerra ocasionó pues un *aggiornamento* de todos los referentes culturales. La conflagración hizo saltar en pedazos el orden internacional y el sistema de valores que el otrora “Nuevo Mundo” había heredado de Europa, erigida en modelo de progreso y modernidad. Esta lectura de la Gran Guerra como crisis de la civilización quedó condensada por la fórmula de José Ingenieros sobre el “suicidio de los bárbaros”,⁹

7 “La conflagración general europea”, *España y América*, Madrid, 15/08/1914, p. 367-377.

8 El vocablo procede del griego *katastrophé*, formado por el prefijo *katá-* “hacia abajo” y el verbo *strephein* “dar vuelta”.

9 José Ingenieros, “El suicidio de los bárbaros”, *Caras y caretas*, Buenos Aires, 22/08/1914, p. 57.

expresión de una profunda desilusión respecto de una Europa aún dominada por el alma feudal y el impulso de violencia. Como señaló en agosto de 1914 un joven latinoamericano instalado en Madrid, Andrés Pando:

Se han trocado los papeles. Hoy no es la joven e inexperta América, sino la anciana y culta Europa, la que arde en terrible guerra. [...] En realidad, no puede ser más desolador ver que el hombre civilizador del siglo xx aprovecha grandes conquistas de la ciencia para refinar la bestialidad humana.¹⁰

La catástrofe de 1914 ocasionó por tanto un cambio de paradigma para los latinoamericanos, que a partir de entonces vieron al Viejo Continente como un lugar desgastado y decadente, que traicionó a la civilización regresando a la barbarie (Rinke, 2014).

Pero la imagen de catástrofe introduce otra perspectiva que amplía la reflexión sobre el significado y trascendencia de esta guerra. Aunque sinónimo de ruina, este trance también supone el advenimiento de nuevos tiempos. Por tanto, la guerra admite una visión regeneradora, actuando así como obra de purificación. Frente al desgaste y la decadencia que se atribuían a la Europa beligerante, el frente común de la neutralidad hispánica pareció dar luz a un nuevo concepto de la vida internacional, inspirado en un sentido moral. Así, el mundo hispánico pretendió identificarse colectivamente con valores y actitudes que contrastaban con los impulsos juzgados egoístas y mortíferos de las llamadas “grandes potencias”. En este sentido, la política de neutralidad desempeñó un papel fundamental a dos niveles: no solo ayudó a deslindar los contornos de un código moral que pretendían asumir las naciones hispanohablantes –y que en el caso español se plasmaría en una neutralidad activa–, sino que también sirvió de catalizador para consolidar los vínculos que existían entre ellas y así reforzar la conciencia de constituir un grupo de naciones con intereses afines. No decía otra cosa la figura tutelar del hispanismo latinoamericano, José Enrique Rodó, quien al final de su vida y en plena contienda europea, formuló un voto de confianza en el futuro papel que asumiría España en la escena internacional:

En las radicales transformaciones que esta catástrofe universal ha de provocar, sin duda en el orden político y económico del mundo, ¿quién sabe qué nuevos y gloriosos destinos estarán señalados a la nación que tiene para los hispanoamericanos el sagrado prestigio de su maternidad histórica?...¹¹

10 Andrés Pando, “La guerra europea y el 12 de Octubre”, *Unión Ibero Americana*, Madrid, 31/08/1914, p. 2.

11 José Enrique Rodó, “El resurgimiento de España”, Montevideo, 1916 (publicado en *Unión Ibero-Americana*, Madrid, Noviembre de 1918, p. 2-3).

Neutralidad activa y labor humanitaria: la “Raza”, solidaria y fraterna

La neutralidad fue todo menos un eclipse diplomático. A nivel comercial, España fue económicamente intervencionista, dada su posición marítima estratégica y su papel de proveedor de los beligerantes, lo cual generó ganancias sustanciales y permitió sanear la deuda externa (García Sanz, 2014). Lo mismo pasó con América Latina, que protagonizó la guerra como granero y suministrador de productos, a pesar de las trabas ejercidas por un bando u otro. Pero lo más destacado fue el desarrollo de una diplomacia de la neutralidad, a través de la cual Madrid y las grandes capitales latinoamericanas –principalmente Buenos Aires y Río de Janeiro– pretendieron defender sus intereses como neutrales (Pardo Sanz, 2010; Compagnon, 2013; González Calleja y Aubert, 2014; Rinke, 2017).¹² Un primer aspecto de este activismo diplomático fueron las múltiples y reiteradas protestas contra la violación del derecho de los neutrales. Las continuas violaciones de este estatus protegido por las convenciones de La Haya fueron motivos para que se movilizaran las maquinarias diplomáticas de sendos países. Acontecimientos como la invasión de Bélgica o los hundimientos de barcos mercantes dieron lugar a numerosas protestas oficiales y manifestaciones solidarias en la prensa. Según el presidente del Senado español, Joaquín Sánchez de Toca, la defensa contra las acciones de guerra que quebrantan las leyes internacionales era un deber moral de los neutrales, y más aún para los pueblos hispánicos, a los cuales consideraba pioneros en la gestación de un derecho de gentes de inspiración cristiana.¹³

Probablemente una de las iniciativas de mayor resonancia dentro de esa política de neutralidad fue la labor humanitaria realizada por Alfonso XIII (Pando, 2002). Como despliegue de una política de prestigio, el monarca pretendió convertir a España en una potencia protectora para las víctimas militares y civiles de la contienda. A este efecto creó en mayo de 1915 la Oficina Pro Cautivos, que en colaboración con la Cruz Roja Internacional prestó ayuda a más de 200 000 prisioneros y civiles desplazados (Niño, 2003). Esa labor humanitaria entró en una campaña de imagen que contribuyó a reforzar la popularidad del rey en amplios sectores de América Latina. Monarca lleno de miseri-

12 “Liga de neutrales”, *ABC*, Madrid, 05/10/1915, p. 5; y Padre Ángel Monjas, “La América española y la guerra europea”, *España y América*, Madrid, 01/01/1918, p. 35-42.

13 *Políticas de Neutralidad. Discurso del Presidente Excmo. Sr. D. Joaquín Sánchez de Toca, en la sesión inaugural del curso de 1915-16, celebrada el día 9 de Abril de 1915*, Madrid, Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, 1915, p. 19.

cordia y piedad, Alfonso XIII se presentó como el “neutral humanitarista”, que abogaba y obraba por la humanización de la guerra.¹⁴

El rey también ambicionó celebrar bajo su patrocinio conversaciones de paz entre los beligerantes, esperando acoger en Madrid una futura conferencia para saldar la guerra. La idea de la diplomacia española era doble: sacar beneficios de la posición neutral mantenida por España para convertirla en una pieza ineludible para la consecución de la paz; y realzar la imagen del monarca que en un plano interior estaba muy desgastada y amenazaba la estabilidad del régimen restauracionista. Pero las tentativas españolas de mediación quedaron eclipsadas por la figura del presidente Woodrow Wilson, que en diciembre de 1916 dirigió un mensaje a los beligerantes y se presentó como mediador en el conflicto. Asimismo, a raíz de una propuesta de Venustiano Carranza, el gobierno argentino de Yrigoyen invitó en la primavera de 1917 a celebrar en Buenos Aires una Conferencia latinoamericana de los Neutrales. Aunque recibió el apoyo inicial de doce repúblicas, este proyecto fracasó por las reticencias y presiones estadounidenses, que hicieron desistir a la mayoría de los gobiernos (Morales Padrón, 1987: 278-280). Estos intentos fallidos demostraron los límites del despliegue de una diplomacia de la neutralidad que nunca consiguió federar a todas las naciones hispánicas y que, al presentarse en orden disperso, estaba condenada al fracaso ante el juego de las grandes potencias.

Desde Hispanoamérica y España, la guerra se consideraba como producto de la exacerbación de los nacionalismos y de los imperialismos europeos. En reacción, numerosos políticos y publicistas de ambos lados del océano opusieron la actitud solidaria y fraterna que, según ellos, demostraban las naciones de cuna ibérica, resaltando los valores comunes identificados con el espíritu hispano y manifestados ante la tragedia bélica: solidaridad, fraternidad, caridad cristiana, respeto al derecho internacional y búsqueda de la paz. Eso mismo expresaba el senador Luis Palomo en una conferencia de 1915 ante la influyente Unión Ibero-Americana, órgano semioficial del americanismo español. Convertido el conflicto europeo en una desgastadora guerra de trincheras, reconocía en él un “gigantesco crisol” en el cual se funden y transmutan los valores ideológicos y morales, saliendo engrandecidos los iberos “de una y otra orilla del Atlántico”:

Surgen en todas partes numerosos testimonios de ideales desinteresados, de heroísmos y de abnegaciones, que son flores de nuestro jardín hispánico; reconoceremos en todo esto la obra moral que ha sido siempre valioso patrimonio de nuestra raza aventurera y soñadera y por ello imperecedera y grande.¹⁵

14 Alfonso XIII fue propuesto incluso para recibir el Premio Nobel de la Paz (pero al final fue adjudicado al Comité Internacional de la Cruz Roja en 1917).

15 Luis Palomo, “De la guerra”, *Cultura Hispanoamericana*, Madrid, 15/10/1915, p. 24-26.

Esta insistencia en recalcar la “hermandad hispánica” –para citar a Unamuno–¹⁶ traducía una toma de conciencia de los intereses comunes que reunían a este grupo de países designados conjuntamente como “Raza hispana” frente a las amenazas exteriores que venían acumulándose desde tiempo atrás.

¿Solidaridad hispánica o solidaridad continental frente al “suicidio de Europa”?

El contexto de modificación de los equilibrios internacionales era un motivo de alerta para los dirigentes de los pueblos hispánicos. El proceso de redistribución colonial observable desde los años de 1880 se había leído a menudo como una señal de la decadencia de los pueblos latinos y del auge de los anglosajones (Jover Zamora, 1979; Litvak, 1980). El desastre naval de España en 1898 resucitó los temores de absorción de los países de raza hispanoamericana por parte de la figura calibesca del “Coloso del Norte”, como expresaron destacadas figuras como Rubén Darío o José Enrique Rodó.¹⁷ El apoyo estadounidense a la secesión de la provincia colombiana de Panamá en 1903, el monroísmo agresivo asumido por Theodore Roosevelt y su teoría del *Big Stick*, los progresos de un capitalismo expansivo y hegemónico, todo ello contribuyó a difundir el sentimiento de una “Raza” de raíz latina asediada.

En 1914 confluyeron varios acontecimientos que confirmaban la creciente preponderancia norteamericana que estaba desplazando a Europa: enorme resonancia tuvieron en la prensa hispanohablante la ocupación de Veracruz por Estados Unidos en abril de 1914 y la inauguración oficial del Canal de Panamá el 15 de agosto de 1914, dos semanas después de estallar la guerra europea. No podía haber mayor confrontación de símbolos, entre el triunfo de la modernidad emprendedora y comercial, capitaneada por Estados Unidos, y la tragedia y barbarie en la que parecía hundirse el Viejo Continente. La década de 1910 corresponde por tanto a una toma de conciencia del peligro norteamericano y de la necesidad de hacer emerger una mutua solidaridad de las repúblicas latinoamericanas, como lo refleja la publicación por Manuel Ugarte ese año de su famoso ensayo *El porvenir de la América española*. Así también se explica que precisamente cuando se celebraba en Washington la Primera Conferencia Financiera Panamericana, en mayo de 1915, las tres principales potencias de Suramérica sellaron una alianza re-

16 Miguel de Unamuno, “La hermandad hispánica”, *Nuevo Mundo*, Madrid, 18/05/1917, p. 27-28.

17 Textos emblemáticos son para Darío “El triunfo de Calibán” (1898) y la “Oda a Roosevelt” (1904), y para Rodó el ensayo *Ariel* (1900).

gional con el llamado Pacto ABC, que afirmaba una perpetua amistad y establecía un sistema de arbitraje regional.¹⁸

Ahora bien, ¿debe identificarse el neutralismo en el que coincidieron todas las repúblicas latinoamericanas como una manifestación de solidaridad hispánica o como un fenómeno más bien americano? La diplomacia española y, del otro lado del Atlántico, diversos voceros del antiimperialismo yanqui, no dejaron de subrayar la convergencia de las naciones hispanohablantes en la neutralidad, atribuyéndola a una visión común y solidaria del mundo. No obstante, el posicionamiento diplomático de los países latinoamericanos tenía su componente propiamente continental. Al respecto, se ha de considerar el impacto de la ofensiva diplomática lanzada en 1913 por el Presidente Wilson, con la reformulación de los objetivos internacionales norteamericanos (Gilderhus, 1986).¹⁹ En lo interamericano, la afirmación de una nueva “diplomacia moral” que debía virtualmente sustituir las prácticas del *Big Stick* y la *Dollar diplomacy* reavivó las esperanzas en un panamericanismo basado en principios de fraternidad y mutuo respeto.²⁰ De ahí de que estos mismos valores, que varios hispanistas reivindicaban como propios, muchos los atribuían al wilsonismo y a su acción desinteresada por la libertad de los pueblos.

Entre enero y abril de 1917 el decreto alemán de guerra submarina a ultranza y la posterior entrada en guerra de Estados Unidos determinaron un giro en la guerra que obligó a que todas las repúblicas se replanteasen su posicionamiento. A partir de entonces, la disyuntiva entre aliadofilia y germanofilia cambió de naturaleza y se redujo a dos opciones: neutralismo o intervencionismo. La internacionalización de la guerra actuó como reveladora de las dinámicas en el continente americano (Michel, 1931; Compagnon, 2013; Rinke, 2017): por simpatía o por dependencia hacia el vecino del Norte, una mayoría de las repúblicas latinoamericanas siguieron el impulso de solidaridad continental y declararon la guerra a Alemania, o tan sólo rompieron sus relaciones diplomáticas con este país. Entre las ocho repúblicas que entraron en guerra, casi todas, excepto Brasil, pertenecían a Centroamérica y el Caribe y estaban bajo influencia estadounidense. Otras seis limitaron su apoyo a la ruptura de relaciones, justificando su decisión como un acto de solidaridad americana, aunque también se debió a las presiones norteamericanas, y hasta pudo entrar en juego el oportunismo diplomático. Este era el caso del presidente

18 “Pacto de No Agresión, Consulta y Arbitraje” adoptado por Argentina, Brasil y Chile el 25/05/1915 (cf. Padre Ángel Monjas, “La Unión de América Latina”, *España y América*, Madrid, 01/08/1914, p. 193-201).

19 “A Statement on Relations with *Latin America*” (12/03/1913), *Wilson Papers*, 27, p. 172.

20 Véase por ejemplo el discurso del director del *Mercurio Peruano*, que al final de la guerra calificó a Wilson de “nuevo Lincoln”, por su lucha por la libertad de los pueblos (cf. Víctor Andrés Belaúnde, “El idealismo en la política americana”, *Suplemento del Mercurio Peruano*, Lima, 1918).

peruano, José Pardo y Barreda, que buscaba el apoyo de la diplomacia estadounidense en su conflicto fronterizo con Chile.²¹

En contraste con esta alineación en diversos grados, seis repúblicas se resistieron a la decisión unilateral estadounidense de entrar en guerra, y optaron por mantener la neutralidad. En el caso de Colombia y México era la ocasión para expresar la disconformidad de estos gobiernos con la política exterior invasiva del vecino del norte. La decisión del presidente argentino Yrigoyen, contraria a una votación de su congreso, se explica por las pretensiones del dirigente argentino a liderar un bloque regional que afirmara su independencia política y se resistiera a las tendencias intervencionistas e imperialistas de Estados Unidos. España también persistió en la neutralidad, aunque su marina mercante fue víctima de numerosos hundimientos.²² En su caso, esta decisión ha de situarse en el contexto de una gravísima crisis política y social, que a la altura del año 1917 puso contra las cuerdas al régimen restauracionista.

Aunque las motivaciones de la neutralidad eran por lo tanto complejas y de ninguna manera idénticas, el hecho de que las naciones hispánicas de mayor peso confluyeran en la preservación del statu quo no deja de ser significativo. Entre España, Argentina, México, Chile, Colombia, Paraguay y Venezuela, parecía diseñarse un eje hispánico de la neutralidad. La Guerra funcionó como un momento fundacional en la emergencia de una nueva conciencia colectiva: en torno al mito de la “Raza hispana”, aparentemente solidaria en la guerra, se elaboró un discurso identitario que reflejaba las profundas mutaciones culturales que estaba experimentando el continente latinoamericano (Pike, 1971: 196-198).

21 Léase el mensaje del presidente constitucional del Perú, José Pardo y Barreda, al Congreso Nacional, el 28 de julio de 1918. Disponible en: http://www.congreso.gob.pe/Docs/participacion/museo/congreso/files/mensajes/1901-1920/files/mensaje_1918.pdf.

22 La flota española sufrió un total de 128 ataques, con pérdida del 20% de su tonelaje y un centenar de marineros muertos.

La guerra como cristalización identitaria: nacionalismos latinoamericanos e hispanoamericanismo

Verdadero detonador de las pasiones humanas, la Gran Guerra no fue sólo una conflagración militar sino también la chispa que atizó los patriotismos y nacionalismos por el mundo entero. Constituyó un momento de cristalización identitaria en América Latina y favoreció allí la emergencia en varios países de un nuevo nacionalismo proclive a reivindicar su ascendencia hispánica. Aunque el caso más paradigmático sea la Argentina, este fenómeno de redescubrimiento y afirmación de las raíces y el legado españoles se observó en mayor o menor escala en todo el continente (García Sanz y Tato, 2017).

Con su dimensión de catástrofe mundial que habría de abrir una nueva era, la conflagración de 1914 introdujo un cambio de paradigma para Latinoamérica: huérfana de los modelos que la habían guiado hasta entonces, tuvo que encontrar en sí misma su propia trayectoria. Este trauma aceleró el proceso de introspección que ya habían iniciado aquellas sociedades, en busca de señales de identidad que les fueran propias y distintivas. El consiguiente movimiento de reivindicación de las raíces hispánicas y del pasado colonial respondía primero a la necesidad de garantizar la cohesión nacional de repúblicas confrontadas –como Argentina– a un mosaico de poblaciones de reciente inmigración y a un proceso democratizador que podía amenazar la dominación de las élites tradicionales. Pero también era un medio para distanciarse de Estados Unidos, precisamente cuando la entrada en guerra de varias repúblicas latinoamericanas en la estela del Tío Sam había demostrado la capacidad de atracción estadounidense. El escritor venezolano Manuel Díaz Rodríguez advertía contra ese servilismo diplomático que él asimilaba al repudio de la cultura propia y a la “nordomanía” cultural:

Hoy, en el momento menos oportuno, cuando se proyectan y danzan sobre nosotros, como diabólicas y apostólicas hechuras, los enormes visajes trágicos de Calibán en guerra, algunos cándidos bachilleres o doctores en agraz, [...] nos proponen imitar, dóciles a un heredado y contradictorio vicio del ser, imaginando flamantes novedades lo que son errores viejos de siglos, a los EEUU [...]. Volvamos cada cual a nuestra patria pequeña y, después de trabajar por ella primero, preocupémonos y trabajemos por Hispanoamérica, la patria de todos, nuestra gran patria futura, sin que en uno ni otro caso dejemos de ser nunca españoles.²³

La valorización del legado hispánico encontró en España un eco muy favorable. Desde la península, un grupo de intelectuales liberales había lanzado en torno al IV Centenario

23 Discurso pronunciado en Caracas para el 12/10/1918, reproducido en Manuel Díaz Rodríguez, *Motivos de meditación ante la guerra y por Hispanoamérica una*, Caracas, Litografía y Tipografía del Comercio, 1918.

del Descubrimiento de América una campaña de aproximación entre España y sus ex colonias americanas, que dio pie a la corriente hispanoamericanista (Pike, 1971; Sepúlveda, 2005; Marcilhacy, 2010). A la altura de 1914, la guerra apareció como una oportunidad única para llevar a cabo este programa. Primero porque el conflicto brindaba condiciones excepcionales a nivel económico y comercial, ya que España podía aprovecharse de la parálisis de sus competidores tradicionales –Francia, Inglaterra, Italia, Alemania– para conquistar mercados americanos temporalmente abandonados.

Por otra parte, la guerra funcionó –en España también– como un despertador de conciencias, que alumbró un espíritu de renovación y dio nuevo vigor al regeneracionismo de entresiglos. Muchos intelectuales peninsulares concibieron la guerra como una ocasión para revitalizar al país. Esperaban aprovecharse de la convergencia en la neutralidad con las naciones “hermanas” de América para compensar el retraimiento internacional de España y fomentar el comercio trasatlántico.

A partir de ahí, se movilizaron destacadas figuras del americanismo peninsular, como el incansable profesor de la Universidad de Oviedo Rafael Altamira, que ya había recorrido algunos años antes seis repúblicas hispanoamericanas impartiendo conferencias para favorecer el entendimiento recíproco. En 1917, aprovechando la oportunidad de la guerra, Altamira presentó un programa de medidas prácticas y urgentes, destinado a ser aplicado por las Cortes, y que llamaba a reforzar la cooperación panhispánica en determinados ámbitos: académico, cultural, migratorio, económico, etcétera.²⁴ Similares iniciativas fueron formuladas desde Cataluña y la Casa de América en Barcelona, donde influyentes sectores de negocios agrupados en torno al catalanismo y al capitalismo industrial apoyaban la campaña americanista como salida a sus productos.²⁵ Para esos empresarios, el comercio no sólo era la condición del resurgimiento de España y aun de la “Raza hispana” entera, sino que, ante un mundo en guerra, era símbolo de concordia, de universalismo, de paz y cooperación provechosa.

Gracias a estas iniciativas y a su buena recepción en Hispanoamérica, los años de guerra vieron multiplicarse los intercambios culturales, en particular mediante los viajes trasatlánticos de numerosos escritores, profesores, científicos y artistas españoles. Así, desde 1914, la recién creada Institución Cultural Española acogió en Buenos Aires ciclos de conferencias de algunas de las figuras científicas españolas de mayor prestigio, como el filólogo Ramón Menéndez Pidal, el filósofo José Ortega y Gasset o el matemático

24 Rafael Altamira, *España y el programa americanista*, Madrid, Editorial-América, 1917.

25 Véase por ejemplo: Federico Rahola, *Programa americanista: post-guerra*, Barcelona, Casa de América, 1918. Léase también el informe redactado por un capitán peruano durante su misión en España: Rodrigo Zárate, *España y América. Proyecciones y problemas derivados de la guerra*, Madrid, Editorial Calleja, 1917, p. 75-84.

Julio Rey Pastor. Otra señal de ese renovado interés por la ex metrópoli, favorecido desde luego por la enorme corriente migratoria, fue la integración de secciones o crónicas dedicadas a España en los grandes periódicos latinoamericanos. De este modo, fue cambiando la percepción que se tenía de España, la cual se convirtió en un foco de atención permanente, aunque no por ello desaparecieron del todo los prejuicios, estereotipos y desencuentros que lastraban el entendimiento trasatlántico (Sánchez Mantero *et al.*, 1994).

Con todo, estos signos de “reencuentro” expresaban la nueva relación de cordialidad y afecto con la “Madre Patria” que ya predominaba en los discursos oficiales y en las producciones de una parte significativa de las élites.

El símbolo del 12 de octubre en la batalla de propagandas

En efecto, la guerra fue la ocasión para el despliegue de una activa propaganda que tomó como apoyo la convergencia diplomática de los estados hispánicos para pregonar y enaltecer la armonía de la “familia” hispanoamericana. De hecho, se desarrolló a partir de esos años de guerra una auténtica fiebre hispanoamericanista que seguiría a lo largo de la década siguiente y encontraría su apogeo con el episodio del vuelo trasatlántico del hidroavión español Plus Ultra en 1926, y con la celebración de la imponente Exposición Iberoamericana de Sevilla en 1929 (Marcilhacy, 2006). Siendo el hispanismo una corriente dúctil susceptible de adaptarse a ideologías y contextos muy dispares, florecieron en ambas orillas del Atlántico los discursos orgullosos sobre la “Raza” y el espíritu hispánicos, como manifestación de un nuevo nacionalismo de dimensiones superestatales, al estilo de los pangermanismos y paneslavismos. La sucesión de centenarios que reunieron en torno a una misma efeméride al conjunto de las naciones hermanas ofreció múltiples ocasiones para verbalizar estos sentimientos. Citemos así el tercer centenario del Quijote en 1905, el cuarto centenario de Balboa en 1913 o, ya iniciada la guerra, el tercer centenario de la muerte de Cervantes, previsto para abril de 1916.²⁶

Otra conmemoración de particular interés y cuyo despliegue correspondió a los años de guerra es el aniversario del Descubrimiento, celebrado cada 12 de octubre. En torno a esta efeméride existía una rivalidad de memorias, ya que la fecha tenía un doble significado, por un lado panamericano y por otro hispanoamericanista (Rodríguez, 2004;

26 Real Decreto en *Gaceta de Madrid*, 31/01/1916, p. 233.

Marcilhacy, 2010; García Sebastiani y Marcilhacy, 2017). Celebrada por primera vez en 1892, la efeméride había sido recuperada a principios de los años de 1910 por grupos de emigrantes españoles e italianos asentados en América y por sectores diplomáticos e intelectuales. La idea de convertirla en fiesta cívica con carácter anual compartida por todas las naciones del Nuevo Mundo se debió a la República Dominicana, que en 1912 declaró el 12 de octubre “Día de Colón” y dirigió una carta circular a sus homólogos latinoamericanos para que hicieran lo mismo. A partir de 1913 la diplomacia y los sectores americanistas españoles pretendieron aprovechar este movimiento y emprendieron una activa campaña para que todas las naciones iberoamericanas lo adoptaran como enseña común, abogando por un nombre más adecuado a sus propósitos, el de “Fiesta de la Raza”.²⁷ La rápida difusión de esta celebración por todo el continente americano –dado que entre 1913 y 1917 ya doce repúblicas la habían decretado como fiesta oficial y día festivo– no sólo obedeció a los efectos de esta campaña de prensa arreglada desde España, sino que tradujo un impulso común de los países del continente americano para afirmar así la conciencia de compartir un destino propio.

Desde el estallido de la guerra en 1914, la fiesta adquirió un nuevo valor y vino a simbolizar la solidaridad hispanoamericana en tiempos de guerra: el 12 de octubre se convirtió en una enseña de paz, una fiesta de ideales y de concordia, que reunía a los países de la “Raza” en un proyecto alternativo, portador de fraternidad y de justicia, y que pudiera servir de modelo al mundo entero (Rodríguez, 2004: 76-82; Sepúlveda, 2005: 204-205; Marcilhacy, 2010: 516-519). Así lo entendió la diplomacia española, que intensificó su propaganda en este sentido mediante la Unión Ibero-Americana. El director de la revista que publicaba esta asociación lo decía en su editorial de octubre de 1914: “No es [la Fiesta de la Raza] efeméride de sangre y destrucción, de atropellos y rencores... Es, por el contrario, fiesta de paz y que aun debiera ser –si por acaso no lo es– de fraternal cariño”.²⁸ La promoción de la Fiesta de la Raza revelaba pues la ambición española de federar en torno suyo a los países neutrales, cuando la guerra estaba asolando al Viejo Continente.

Ahora bien, al acercarse su entrada en guerra, la diplomacia estadounidense aumentó la presión sobre sus vecinos hemisféricos para asegurarse, llegado el momento, la solidaridad panamericana. Por eso la conmemoración del 12 de octubre se convirtió en un símbolo disputado, no sólo por españoles e italianos (dada la polémica sobre el origen de Colón), sino también por partidarios y resistentes al panamericanismo (Rachum,

27 “La Fiesta de la Raza en América. 12 de Octubre de 1913”, *Unión Ibero-Americana*, Madrid, nov. de 1913, p. 7-37.

28 Manuel de Saralegui, “La Fiesta de la Raza (Día 12 de Octubre)”, *Unión Ibero-Americana*, Madrid, oct. de 1914, p. 1.

2004; Michaud, 2011). La nueva diplomacia moral iniciada por el Presidente Wilson le había conferido un nuevo prestigio y un fuerte empuje a la corriente panamericanista, tendencia que vinieron a traducir los primeros decretos que en distintas repúblicas instituían la fiesta con el nombre de “Día de América”. Este fue el nombre que adoptó en 1915 el Presidente uruguayo José Battle y Ordóñez, deseando así conferirle a la fecha una dimensión continental mucho más que hispánica. Sin embargo, consciente del carácter sensible de la cuestión, tuvo a bien dirigir al gobierno español un telegrama en el que calificaba el Descubrimiento como una “gloria del gran pueblo español”.²⁹ Y de hecho la prensa uruguaya no dudó en anunciar la primera celebración oficial de aquel año como “Fiesta de la Raza”, otorgándole el valor de un homenaje a la “España heroica” y a la latinidad.³⁰

Progresivamente, se confirmó el contenido cada vez más hispanófilo de la celebración. Esta tendencia se acentuó en el decisivo año de 1917, que vio la internacionalización de la guerra. Muy significativa fue la resolución del presidente argentino Hipólito Yrigoyen, que lideraba con el mexicano Venustiano Carranza el grupo de los Estados hispanoamericanos resistentes a la entrada en la guerra. El 4 de octubre, Yrigoyen hizo aprobar un decreto cuyo contenido constituía a la vez un homenaje explícito a la España descubridora y conquistadora, calificada de “progenitora de naciones”, y una ardiente reivindicación de la herencia y el genio hispánicos.³¹ Semejante decisión no dejó de celebrarse en España como una inequívoca señal del creciente fervor hispanista que iba difundiéndose entre las naciones hispanoamericanas, por parte en reacción a las tendencias hegemónicas estadounidenses. Dicha tendencia favoreció el acercamiento de las diplomacias española y argentina, que ya en 1916 habían elevado sus respectivas legaciones diplomáticas al rango de embajadas.³² Al año siguiente, el gobierno español consideró llegado el momento de oficializar a su vez la celebración del 12 de octubre, convirtiéndola por ley en “Fiesta de la Raza”.³³ Así, mientras se avecinaba el final de la guerra europea, las autoridades pretendían reafirmar la perennidad de los vínculos que unían España con su ex imperio americano, conjurando asimismo el espectro de la división nacional con la resurrección del mito imperial (Serrano, 1999: 313-329; Marcilhacy, 2010: 341-351).

29 Telegrama reproducido en F. Martín Caballero, “La fiesta de la raza”, *Boletín del Centro de Estudios Americanistas*, Sevilla, oct. de 1915, p. 11.

30 Véanse los números correspondientes al 11 y 12/10/1915 de *El día*, Montevideo.

31 Decreto del Poder Ejecutivo Nacional, consultado en *El Diario español*, Buenos Aires, 12/10/1917.

32 “El primer embajador de la América española [Marco M. Avellaneda] explica a los lectores de *El Liberal* lo que son y lo que han de ser las relaciones entre España y la Argentina”, *El Liberal*, Madrid, 04/11/1916, p. 1.

33 Ley del 15 de junio de 1918, presentada por el gobierno de concentración presidido por Antonio Maura (*Gaceta de Madrid*, 16/06/1918, p. 688).

Ante la enorme publicidad que desde España y Argentina se hizo de la iniciativa de Yrigoyen, el Presidente Wilson replicó al año siguiente bautizando el 12 de octubre de 1918 “Liberty Day”, en referencia a la solicitud de armisticio que había recibido una semana antes de los Imperios Centrales. A nivel geopolítico, esta batalla de memorias implicaba pues a distintos actores cuyos intereses diferían tanto en relación a la intervención en la guerra como de cara a los equilibrios de la futura posguerra.³⁴

Finalmente, al calor de la fraternidad “racial” demostrada ante el conflicto y reiterada en centenarios y conmemoraciones, fue surgiendo un nuevo relato sobre la comunidad de destino entre España y sus ex colonias americanas. Esos años de crisis de la civilización europea favorecieron un despertar identitario en el mundo hispano que condicionaría la geopolítica de las siguientes décadas. Tanto en España como en las repúblicas latinoamericanas, el momento fue propicio para buscar en el pasado los elementos de una tradición nacional, desde la época precolombina hasta el periodo colonial. Si los argentinos Ricardo Rojas, José Ingenieros o Manuel Gálvez ya habían iniciado este movimiento en torno al centenario de 1910,³⁵ la conflagración mundial aceleró y generalizó el proceso.

Precisamente a esos años se remonta el movimiento de revisión historiográfica que condujo a reivindicar un pasado colonial que había sido objeto de rechazo y oprobio. En 1914 el historiador español Julián Juderías publicó un sonado ensayo, *La leyenda negra y la verdad histórica*, destinado a rehabilitar la obra pasada de España contra tradiciones historiográficas heredadas de las violentas campañas antiespañolas de la Reforma y la *Enciclopedia*. En las publicaciones científicas, los manuales de texto y los discursos de vulgarización histórica que a partir de la década 1910 vieron la luz, una de las preocupaciones constantes consistió en rescatar los valores e ideales asociados a la colonización española.³⁶ Al reinterpretar las Leyes de Indias, incluso se presentó a España como precursora del moderno derecho de gentes y promotora de los derechos humanos, según una relectura interesada de la historia colonial adaptada a los imperativos del momento.³⁷ La conclusión era que, a la hora de prepararse los equilibrios del nuevo orden internacional que saldría de la guerra, habría que contar con el elemento hispánico.

34 Véase José María González (seudo *Columbia*), *El día de Colón y de la paz: 12 de Octubre de 1492, 12 de Octubre de 1918*, Madrid, Imprenta Helénica, 1930, p. 151.

35 Ricardo Rojas, “Meditaciones sobre el nacionalismo”, diez artículos publicados en los nº6-16 de la revista *La Nota* (reproducidos en 1917 en su libro *La argentinidad*); Manuel Gálvez, *El solar de la raza*, Buenos Aires, Nosotros, 1913; José Ingenieros, “La formación de una raza argentina”, *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación*, vol. 2, nº6, nov. de 1915, p. 464-483.

36 Véase en particular las actas y memorias del I y II *Congreso de Historia y Geografía Hispano Americanas celebrado en Sevilla* (abril de 1914 y mayo de 1921), Madrid, Est. Tip. de Jaime Ratés, 1914 y 1921.

37 Véase como ejemplo el artículo del chileno Olegario Sáez, “La colonización española, según las Leyes de Indias, fue la más humanitaria”, *Unión Ibero-Americana*, Madrid, mayo de 1917, p. 11-13.

El mundo hispánico ante la paz: entre utópicos proyectos de alianza panhispánica y exigencias diplomáticas defraudadas en la Liga de las Naciones

La fiebre nacionalista que se apoderó de una parte de las élites hispánicas y que sería llamada a desarrollarse aún más en los años de 1920 concibió la Gran Guerra como un momento decisivo que sería una encrucijada para el futuro de las naciones. Esta percepción de que la guerra cambiaría profundamente los equilibrios internacionales era una convicción compartida por todos, como ya lo había expresado al poco de estallar el conflicto el Conde de Romanones, aliadófilo de primera hora y entonces líder del Partido Liberal: “La guerra no corta el hilo de la Historia. Tras esta perturbación, la vida seguirá su curso y comenzará a elaborar un nuevo sistema de relaciones internacionales, dentro del cual España debe tener un puesto...”.³⁸ Tres años después, instaba al rey a preparar la posguerra reivindicando un papel de liderazgo en el mundo hispanohablante: “España es depositaria del patrimonio espiritual de una gran raza. Aspira históricamente a presidir la Confederación moral de todas las naciones de nuestra sangre”.³⁹

Pero el pragmatismo que mantuvieron los prohombres del régimen restauracionista dejó paso en la prensa a la eclosión de múltiples proyectos irrealistas que a su vez impregnaron a los espíritus y a la misma diplomacia. Tal fue el caso de la prolífica escritora Blanca de los Ríos Nostench de Lampérez, vocero del conservadurismo católico, que formuló en 1918 la propuesta de una “confederación espiritual de la raza” que habría de nacer en la posguerra:

Y ante la racha de cataclismo que sacude al mundo, [...] las familias humanas se agrupan, se unen, por impulsos atávicos, por instintos de conservación. [...] Cuando ha sonado la hora de la revisión de los derechos y de las supremacías con que cada pueblo entrará en la “Era Novísima” del mundo, que la firma de la paz va a inaugurar muy pronto, España y la América española no pueden permanecer estacionarias, mudas y apartadas de los caminos de la humanidad. [...] Tócale a España realizar el ensueño de la unión moral de la estirpe. [...] Ha llegado *la hora de España*, la hora decisiva para nuestra gran Patria y para los pueblos que comparten con su lengua su sangre y su genio étnico; que es la hora de *ser o no ser* para nuestra raza entera, y es preciso que *seamos*.⁴⁰

38 Conde de Romanones, “Neutralidades que matan”, *El Diario Universal*, Madrid, 19/08/1914, p. 1.

39 Manifiesto del Conde de Romanones entregado al rey, *ABC*, Madrid, 19/04/1917, p. 14.

40 Blanca de los Ríos, “Cervantes y los Estados Unidos del Espíritu”, *Cultura Hispanoamericana*, Madrid, 15/05/1918, p. 43-47.

Mientras se estaban diseñando los contornos de la futura Liga de las Naciones (SDN), muchos observadores vaticinaron que, en la redistribución de los equilibrios internacionales, la posguerra acentuaría los procesos de agrupación por afinidad racial o étnica.

Por su parte, el diplomático y geógrafo español Carlos Badía Malagrida formuló al finalizar la guerra el deseo de constituir una suerte de “supernación hispánica” susceptible de evitar el peligro de desnacionalización que a su juicio amenazaba al mundo hispanoamericano⁴¹. Esta idea de nacionalismo federador no sólo resucitaba el concepto de una “España Mayor” volcada hacia el exterior, un concepto que resultaba grato para el nacionalismo español (Núñez Seixas, 2003; Marcilhacy, 2013). También aparecía como una solución para superar la crisis interna en que estaba sumida la España de 1917-1918, amenazada de disgregación y de revolución social, debido al auge de los nacionalismos periféricos y de corrientes antisistema como los internacionalismos socialista y anarquista.

Por eso encontró ese proyecto un eco muy favorable entre los medios americanistas catalanistas (Ucelay Da Cal, 2003): desde Barcelona importantes figuras del mundo empresarial como Federico Rahola y Rafael Vehils formularon sendos proyectos para concretar esta idea de entendimiento político entre España y sus ex colonias.⁴² El segundo llegó a propugnar la creación de una “Unión interparlamentaria hispanoamericana”, consistente en un comité con representantes de las asambleas latinoamericanas y de las Cortes españolas que uniría sus esfuerzos en la búsqueda de objetivos comunes en política internacional.

Al ser España el país más importante entre los neutrales europeos, su diplomacia pretendía pesar sobre las futuras negociaciones de paz y los equilibrios que resultarían de ellas. Entre los objetivos de la diplomacia española para rentabilizar la política de neutralidad en la inmediata posguerra, figuraba obtener el control del puerto marroquí de Tánger y asumir el liderazgo diplomático del grupo de neutrales. Precisamente por esos años de 1918-1919, florecieron los proyectos para constituir una forma de bloque hispánico, consistente en una alianza supranacional capaz de resistir las presiones de los centros tradicionales de poder y que también le garantizaría a España un estatus de potencia insoslayable en el mundo de posguerra. Aunque las autoridades se mostraron prudentes a la hora de formular esta idea, la pretensión de convertir a España en el cabe-cilla y portavoz de ese bloque hispánico no era coherente con sus posibilidades reales y no dejó de herir susceptibilidades allende el Atlántico.

Al establecer el principio de igualdad entre los Estados, la creación de la Liga de las

41 Carlos Badía Malagrida, *El factor geográfico en la política sudamericana*, Madrid, Tipografía y litografía Coullaut, 1944 [1919], p. 36.

42 Federico Rahola, *Programa americanista: post-guerra*, op. cit., p. 558-559, y Rafael Vehils, *Delegación Parlamentaria para las relaciones con América y Unión interparlamentaria Hispanoamericana*, Barcelona, Casa de América, 1918.

Naciones suscitó grandes esperanzas entre los países latinoamericanos. Junto a España, quince de ellos integraron el grupo de países fundadores. Aunque los países neutrales habían sido excluidos de la Conferencia de Paz de París, la neutralidad y las actividades humanitarias desplegadas por Madrid durante la guerra le valieron un puesto de miembro no permanente en el Consejo de Ginebra (junto a Bélgica, Grecia y Brasil). A partir de entonces, los gobernantes españoles concibieron a la sDN como un instrumento de prestigio al servicio de su proyección exterior. Presentándose al mundo como defensora de los principios de paz e integridad territorial, la delegación española aprovechó la autoridad moral que le confería la representación de los neutrales y buscó el apoyo de las repúblicas hispanoamericanas para constituir un frente unido en su seno.⁴³

Sin embargo, los juegos de influencia entre las potencias pudieron más que los grandes ideales proclamados inicialmente (Pereira y Neila, 2007). Así fueron surgiendo tensiones entre tendencias difícilmente compatibles como el universalismo, el hispanismo y el panamericanismo. Desde su ingreso en la sDN hasta su retirada temporal en septiembre de 1926, Madrid se lanzó en una ilusoria batalla diplomática para obtener un puesto permanente en el Consejo (Castiella, 1976). Al pretender asumir el papel de portavoz de las naciones iberoamericanas, entró en competencia para ello con Río de Janeiro. Finalmente, España fue perdiendo uno tras otro sus apoyos, en particular cuando la Argentina dejó la sDN en diciembre de 1920, seguida al año siguiente por Perú y Bolivia. El hecho de que Madrid y Río abandonaron a su vez la sDN en 1926 ofrece una enseñanza sobre los límites de la diplomacia de la neutralidad: lo que no fue posible durante la guerra –constituir un frente unido de los neutrales hispánicos– tampoco lo fue en la paz.

A modo de conclusión: ¿una oportunidad desaprovechada?

Para concluir, resulta importante ver cuáles fueron las repercusiones de la guerra a medio y largo plazo en las relaciones entre España y las naciones hispanoamericanas. Interpretada desde las primeras semanas como una catástrofe de dimensiones inéditas, la conflagración apareció al mundo hispánico como una etapa crucial, dramática y cargada de sufrimientos, pero también portadora de esperanza en el sentido de que había de ser la última, y de que abriría a un futuro de paz perpetua. En este sentido contribuyó a reanimar la corriente regeneracionista que había surgido en la España finisecular y que

43 José María de Yanguas Messía, "El hispanoamericanismo en Ginebra", *Unión Ibero-Americana*, Madrid, ene.-feb. de 1923, p. 61-81.

tenía émulos en Hispanoamérica. En torno al americanismo florecieron programas de dinamización económica y discursos sobre la fraternidad y solidaridad panhispánica manifestada por la convergencia en la neutralidad.

Sin embargo, a los pocos años hubo que reconocer que la Gran Guerra había sido una oportunidad en gran medida desaprovechada. A nivel diplomático y político, la situación de la antigua metrópoli incluso parecía fragilizada a fines de los años de 1910: como dijo la historiadora Rosa Pardo Sanz (2010), Madrid intentó hacer de la neutralidad “virtud”, lanzándose en una política de prestigio, pero resultó imposible coordinarse con los demás países neutrales, lo cual redujo su capacidad de maniobra. Dicha incapacidad también se explicaba por los efectos demoleedores de la guerra sobre el sistema político y la paz social, que dejaron al país en una situación convulsa, agravada aún por la Revolución rusa y la crisis de posguerra. España siguió siendo una potencia de segunda fila a nivel internacional, sin papel relevante en la Europa de entreguerras.

Ahora bien, a un nivel más profundo y a más largo plazo, podemos afirmar que la guerra modificó sustancialmente la relación que existía entre España y las repúblicas hispanoamericanas. Al favorecer su emancipación espiritual respecto de Europa la contribuyó a que emergiera una conciencia continental en América Latina. Comocataclismo que dio paso a una nueva era, la guerra del 14 no sólo abrió al “siglo americano”, sino que les reveló a las sociedades latinoamericanas el hecho de compartir una identidad y un destino comunes. Sorprendentemente, el cambio de paradigma cultural que la guerra propició en dicho continente no acabó en un divorcio con Europa: más bien permitió una revisión crítica de sus influencias y favoreció en sectores significativos de las sociedades hispanoamericanas la recuperación del pasado colonial y la afirmación de su ascendencia hispánica. Si antes de los años de 1910 la ex metrópoli era vista como una incongruencia en Europa y como una pesada herencia a la que cabía minimizar, después de la guerra la “Madre Patria” española sería considerada desde Hispanoamérica como un referente insoslayable. Por tal razón la década de 1920 atestiguó una creciente impregnación de los nacionalismos latinoamericanos con los valores de la “Hispanidad”.

BIBLIOGRAFÍA

- Balibar, Françoise, Lombardo, Patrizia y Roger, Philippe (dirs.), 2012, *Penser la catastrophe*, monográfico de la revista *Critique*, nº783-784.
- Castiella, Fernando María, 1976, *Una batalla diplomática*, Barcelona, Editorial Planeta. Cava,
- María Jesús, 2009, Cap. 11. "Las alianzas europeas y la paz armada, 1890-1914", en Pereira, Juan Carlos (coord.), *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas* (pp. 253-279). Madrid, España, Ariel.
- Compagnon, Olivier, 2013, *L'adieu à l'Europe. L'Amérique latine et la Grande Guerre*, Paris, Fayard.
- Díaz-Plaja, Fernando, 1973, *Francófilos y germanófilos*, Barcelona, Dopesa.
- Espadas Burgos, Manuel, 2000, "España y la Primera Guerra Mundial", en Tusell, Javier, Avilés, Juan y Pardo, Rosa, *La política exterior de España en el siglo xx*, Madrid, uNeD, p. 189-220.
- García Sanz, Fernando, 2014, *España en la Gran Guerra. Espías, diplomáticos y traficantes*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- Gilderhus, Mark T., 1986, *Pan American Visions: Woodrow Wilson in the Western Hemisphere, 1913-1921*, Tucson, University of Arizona Press.
- González Calleja, Eduardo, y Aubert, Paul, 2014, *Nidos de espías. España, Francia y la Primera Guerra Mundial, 1914-1919*, Madrid, Alianza Editorial.
- Jover Zamora, José María, 1999, *España en la política internacional: siglos xviii-xx*, Madrid, Marcial Pons.
- Jover Zamora, José María, 1979, *1898. Teoría y práctica de la redistribución colonial*, Madrid, Fundación Universitaria Española.
- Juliá, Santos, 2013, "La nueva generación: de neutrales a antigermanófilos pasando por aliadófilos", *Ayer*, nº 91, p. 121-144.
- Litvak, Lily, 1980, *Latinos y anglosajones. Orígenes de una polémica*, Barcelona, Puvill.
- Marcilhacy, David, 2014, "España, invitada de honor en el Centenario de la Independencia mexicana: Rafael Altamira y el marqués de Polavieja, dos lecturas de las nuevas relaciones hispano-mexicanas", en Olivier Compagnon, Paul-Henri Giraud, Eduardo Ramos-Izquierdo y Miguel Rodríguez (eds.), *1910: México entre dos épocas*, México, Colegio de México.
- Marcilhacy, David, 2013, "América como factor de regeneración y cohesión para una España plural: 'la Raza' y el 12 de octubre, cimientos de una identidad compuesta", *Hispania* (Madrid), vol. LxxIII, nº. 244, p. 501-524.
- Marcilhacy, David, 2010, *Raza Hispana. Hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración*, Madrid, CePC.

- Michel, Paul-Henri, 1931, *L'Hispanisme dans les Républiques Espagnoles d'Amérique pendant la guerre de 1914-1918. Étude d'esprit public*, Paris, Alfred Costes.
- Michaud, Marie-Christine, 2011, *Columbus Day et les Italiens de New York*, Paris, PuPs.
- Moreno Luzón, Javier, 2014, "España y la Gran Guerra: cuatro episodios", en *1914, el impacto de una guerra*, dossier de la *Revista de Occidente*, 398-399, p. 71-86.
- Moreno Luzón, Javier, 2010, "Reconquistar América para regenerar España: Nacionalismo español y centenario de las independencias en 1910-1911", *Historia mexicana*, Vol.60, N.º. 1 (237 julio-septiembre.), p. 561-640.
- Morales Padrón, Francisco, 1987, *Historia de unas relaciones difíciles (EEUU-América española)*, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- Niño, Antonio, 2003, "El rey embajador: Alfonso XIII en la política internacional", en Javier Moreno Luzón (ed.), *Alfonso XIII, un político en el trono*, Madrid, Marcial Pons, p. 239-276.
- Niño, Antonio, 2000, Cap. 1. "Política de alianzas y compromisos coloniales para la regeneración internacional de España, 1898-1914", en Javier Tusell, Juan Avilés y Rosa Pardo, eds., *La política exterior de España en el siglo XX* (pp. 31-94), Madrid, España, Biblioteca Nueva-uNeD.
- Núñez Seixas, Xosé Manoel, 2003, "Nacionalismos y política exterior", en Juan Carlos Pereira Castañares, *La política exterior de España (1800-2003): historia, condicionantes y escenarios*, Barcelona, Ariel, p. 201-216.
- Pando, Juan, 2002, *Un Rey para la esperanza. La España humanitaria de Alfonso XIII en la Gran Guerra*, Madrid, Temas de Hoy.
- Pardo Sanz, Rosa, 2010, "España ante el conflicto bélico de 1914-1918: ¿Una espléndida neutralidad?", en Salvador Forner (ed.), *Coyuntura internacional y política española (1898-2004)*, Madrid, Biblioteca Nueva, p. 45-64.
- Pereira, Juan Carlos y Neila, José Luis, 2007, "La España de Alfonso XIII en el sistema internacional de posguerra (1919-1931)", *Revista de Historia Contemporánea: la política exterior de España, 1834-1931*, n.º34, p. 117-154.
- Pike, Frederick B., 1971, *Hispanismo, 1898-1936. Spanish Conservatives and Liberals and Their Relations with Spanish America*, Notre Dame-Londres, University of Notre Dame Press.
- Rachum, Ilan, 2004, "Origins and historical significance of Día de la Raza", *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 76, p. 61-81.
- Rinke, Stefan (coord.), 2014, *América Latina y la Primera Guerra Mundial*, dossier de la revista *Iberoamericana*, 53, p. 87-164.
- Rodríguez, Miguel, 2004, *Celebración de "la raza". Una historia comparativa del 12 de octubre*, México, Universidad Iberoamericana.

- Romero Salvadó, Francisco, 2002, *España, 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica.
- Sánchez Mantero, Rafael, Macarro Vera, José Manuel y Álvarez Rey, Leandro, 1994, *La imagen de España en América (1898-1931)*, Sevilla, CSIC.
- Sepúlveda Muñoz, Isidro, 2005, *El sueño de la madre patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Marcial Pons-Fundación Carolina.
- Serrano, Carlos, 1999, *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación*, Madrid, Taurus.
- Ucelay Da Cal, Enric, 2003, *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa.
- García Sanz, Carolina, y Tato, María Inés, 2017, "Neutralist crossroads: Spain and Argentina facing the Great War", *First World War Studies*, Retrieved from DOI: 10.1080/19475020.2017.1385407
- García Sebastiani, Marcela, y Marcilhacy, David, 2017, "Celebrating the Nation: 12 October, from 'Day of the Race' to Spanish National Day", *Journal of Contemporary History*, 52/3, 2017, p. 731-763.
- Marcilhacy, David, 2006, "La 'Santa María del aire'. El vuelo transatlántico del Plus Ultra (Palos-Buenos Aires 1926), preludio a una reconquista espiritual de América", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 28, p. 213-241.
- Rinke, Stefan, 2017, *Latin America and the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press.